

A FAVOR Y EN CONTRA DE ARGUMENTOS LA EXISTENCIA DE UN SER SUPERIOR DIOS: EMPATE TECNICO

Se examinarán veintitrés argumentos a favor de la existencia de Dios y veintidós contraargumentos. Se transcribe un argumento hindú en contra y se aporta un hecho científico asociado con la creencia. En resumen, un empate técnico

Por: JOSÉ FRANCISCO RODRÍGUEZ LATORRE
Profesor Asociado UPTC

Abstract

El presente artículo es, en primera instancia un ejercicio de argumentación. Solo en un segundo momento es un estudio filosófico y en último lugar una investigación teológica. Se examina el problema de la existencia de Dios a través de los argumentos clásicos propuestos por los filósofos, los matemáticos y los literatos y luego se contraargumentan. Está San Anselmo, Kant, Aristóteles, Gardner, Pascal y Borges, entre otros.

Palabras claves.

Argumentación, Dios,
Contraargumento, lógica,
Borges.

Prólogo

Tenemos muy buenas razones para creer en Dios, veintitrés para ser más exactos y aquí las examinaremos una a una.

Chu Fu Tze, negador de milagros, había muerto; lo velaba su yerno. Al amanecer, el ataúd se elevó y quedó suspendido en el aire, a dos cuartas del suelo. El piadoso yerno se horrorizó. "Oh, venerado suegro", suplicó "no destruyas mi fe de que son imposibles los milagros". El ataúd entonces, descendió lentamente, y el yerno recuperó la fe¹.

Siendo tan propio de nuestra constitución síquica y anímica creer en un ser superior, parecería redundante buscar pruebas. Sin embargo, a lo largo de la historia (ese incesante vagabundeo humano por el ensayo y el error) se ha llegado a idear argumentos y palancas, para afianzar la fe en tierra firme, o para mover la incredulidad de los ateos, incommovibles, muchos de ellos, ante cualquier evidencia.

Es curioso, se trata de veintitrés argumentos y el veintitrés es un número primo; y todos sabemos

¹ BORGES, J. L., CASARES, A. B.: *Antología de la Literatura Fantástica*. Editorial Suramericana. Buenos Aires, 1993, pag 202.

que no existe un algoritmo para construir números primos. ¿Será que Dios quiere un número anómalo de razones para tener fe en su existencia? ¿Estará relacionado con una cifra cabalística? Esta sería una metarazón veinticuatro, y Dios bordearía una paradoja. Y ya sabemos que la recta razón las repudia. Fin de la digresión.

Los caminos para llegar al señor no solo son numerosos, también son variados. Los filósofos, tienen los suyos; los sacerdotes, otro tanto y los padres de familia y profesores no se quedan atrás. En general el hombre pensante, y asombrado ante la variedad del mundo, no deja de tramarlos.

Unas pruebas son a priori, otras a posteriori, unas acuden a la capacidad intrínseca de la conciencia; otra salen al mundo exterior. Aquellas apelan a la belleza, a la verdad o a la bondad en abstracto; e, incluso, las más osadas trepan el arduo camino de la lógica y la matemática. Pero todas comparten un denominador común, un sello de identificación propio: son inútiles, e innecesarias.

Para creer en Dios no se necesitan pruebas. Se cree o no se cree. La creencia no se genera con argumentos, se experimenta y luego se

justifica (esa parece ser la enseñanza del sentido común ¡y quién lo creyera! la de Hegel, en sus Lecciones sobre las Pruebas de la Existencia de Dios)². O no se experimenta, y entonces no hay nada para justificar. Curiosamente, los argumentos aparecen cuando la fe está consolidada y ya son superfluos o decorativos.

No obstante, por un ejercicio puramente ocioso, presentaremos dos docenas de razonamientos, recogidos en lecturas eruditas, charlas con académicos, o grabadas de oídas. Aunque la mayoría de las pruebas son antiguas, al pasar de boca en boca sedimentaron en una versión popular, reconocible por un peatón desprevenido. Las presentaremos de la forma más directa posible, vale decir, con el menor número de tecnicismos filosóficos, divididas en seis grupos según el parecido de la estrategia argumentativa. El nombre de la prueba va antecedido de un número consecutivo, hasta llegar al veintitrés. Luego damos el nombre del autor más reconocido del argumento. Aunque en la mayoría de los casos, exceptuando las pruebas lógicas, deberíamos usar siempre el mismo nombre: Autor: el Hombre occidental en su conjunto.

Como es fácil criticar, según los veremos en

² HEGEL, G. W.: *Lecciones sobre las Pruebas de la Existencia de Dios*. Aguilar, Biblioteca de Iniciación Filosófica. Madrid, 1970. De las 16 lecciones que componen este curso de filosofía, el último que dictó Hegel en su vida, y que de hecho está inconcluso, las primeras cuatro se dedican a establecer la forma en que la fe da inicio y soporte a la especulación demostrativa como paradójicamente denomina Hegel ese esfuerzo probatorio de la razón. Los mismos títulos de estas lecciones revelan ese enfoque: Lección Uno: Fe y conocimiento. Lección Dos: Fe y conocimiento. Lección Tres: Saber inmediato (el de la fe) y saber mediato (el de la prueba). Lección cuatro: Sentimiento, corazón y pensamiento.

estas páginas, quiero anticipar algunas críticas que seguramente aparecerán con respecto a la presente exposición.

No fue mi propósito hacer un barrido histórico del problema. No fue mi propósito mostrar, descubrir, desenterrar la verdad acerca del origen de una prueba. Sí fue mi propósito examinarlas en tiempo presente, no desde la perspectiva de los tiempos, o de la eternidad. Tomo las pruebas como enunciados que una persona adulta le propone a la humanidad, un conjunto de adultos de muchas épocas históricas que con las luces de la razón y con las herramientas de la argumentación examinan críticamente la oferta de esas ideas. Esa es toda mi metodología. ¿Anacrónica? No lo sé.

Unas palabras finales, a estas palabras iniciales. Mi interés no es teológico ni religioso. Casi no es filosófico, siquiera. Estaría contento si se le mira como un ejercicio de argumentación, un examen, lo más racional y sencillo posible, de un material con el que los maestros de filosofía se enfrentan cotidianamente. La argumentación la vengo investigando de tiempo atrás e incluso en ocasiones cometo cuentos. Sí, cuentos, historias con todo y trama, con el ánimo de que las reflexiones estén lo más adobadas posible. Con esta intención me arriesgo a presentar un relato que viene al tema de la existencia de Dios y se relaciona estrechamente con **La apuesta de Pascal**. Ese cuento cierra este ejercicio de argumentación.

I. ARGUMENTO A PRIORI

Son aquellos que no acuden a elementos definidos de la experiencia. Se fundamentan en

un razonamiento formal y buscan conclusiones necesarias, o apodícticas, como las llama Kant. En esta categoría entraría San Anselmo, y Borges, aunque este último comparte con los matemáticos, el recurso a una estrategia deductiva, el método de reducción al absurdo, por lo que Borges y los matemáticos van al final en el apartado cinco, junto con otros argumentos de carácter lógico.

1. Argumentum Ontologicum. Autor: San Anselmo de Canterbury. Este argumento, llamado la prueba ontológica, fue expuesto por primera vez en el siglo XII, por el obispo San Anselmo en su obrita el Proslogion y dice más o menos así: Existe un ser mayor del cual nada puede pensarse. Ese ser debe encerrar en sí las más excelsas cualidades, omnipotencia, ubicuidad, belleza, bondad y, por supuesto, existencia; pues, de no tenerla, no sería el “Ser mayor de lo cual nada puede pensarse”, dado que el mayor sería aquel que sí incluyera la existencia. Ergo, Dios existe.

Este argumento fue sometido a una crítica implacable por Kant, mostrando de paso que la existencia, no es una cualidad, sino la condición de todas las demás cualidades. Sin ella, sin “la existencia”, ninguna otra cualidad sería posible. Ergo, el argumento está cojo.

Por lo demás, el argumento es tan formal y por lo mismo tan falta de contenido, que ha dado lugar a que se elabore la prueba ontológica de la existencia del diablo. Esta prueba comenzaría más o menos en estos términos: “Existe un ser malo, mayor del cual nada pueda pensarse. Ese ser tiene que existir, pues de no tener la cualidad de la existencia no sería “El ser malo mayor del cual nin-

gún otro puede pensarse”, pues más malo sería el que sí poseyera la existencia. Obvio, que entre un malo no existente y un malo existente, es más malo el segundo: puede hacer el mal. Y entonces lo que sería una vía privilegiada para Dios lo es para cualquier ser que se nos ocurra.

El argumento ontológico, por otra parte, es una petición de principio, falacia que se comete cuando se supone de entrada lo que se quiere demostrar, con lo cual el intento probatorio queda invalidado. Es una petición, tanto en la intención como en la exposición. En la intención, por cuanto desde el momento mismo en que San Anselmo lo presenta, en el capítulo dos del *Proslogion*, da por sentado que Dios existe, no se toma siquiera la molestia metodológica de decir, “supongamos por un momento que Dios no existe”. Al contrario, lo invoca desde el momento mismo en que introduce el argumento: “Señor, Tú que das la inteligencia de la fe, dame cuanto sepas que es necesario para que entienda que existes, como lo creemos, que eres lo que creemos: Creemos ciertamente que Tú eres algo mayor que lo cual nada puede pensarse.”⁴

Igualmente, comete la falacia de Petición de Principio al interior de la prueba misma cuando dice: “Señor Tú eres...” Si realmente estu-

vieras en posición, y en disposición de argumentar, de examinar un problema, no podrías hablar desde la certeza, pues desde esta posición, no se argumenta, se pontifica. La posición verdaderamente argumentativa es hipotética: “Señor, tú serías...” es una expresión más adecuada. No se niega impíamente la divinidad, no nos indisponemos con ella, pero de una forma tal que entremos en el examen del problema y no en la afirmación dogmática de la conclusión deseada.

Si procedemos de esta forma el argumento se viene abajo, porque entonces Dios sería aquello mayor de la cual nada podría pensarse y entonces también un ser existente sería aquello mayor de la cual nada pudiera pensarse, pues este ser sería mayor que cualquier otro que tuviera sus mismas cualidades y que no existiera. Así, seguiríamos indefinidamente con el argumento, hablando en tono hipotético, sin dar nunca el paso a la afirmación ontológica y real de la existencia de Dios.

Con este procedimiento pasaríamos de un argumento ontológico, asertórico, a un argumento analítico, hipotético. Que ya no tiene gracia. Ni le daría pie a Kant para decir que todos los argumentos acerca de la existencia de Dios pueden reducirse al argumento de San Anselmo.

³ SAN ANSELMO: *Proslogion*. Capítulo II: “Que Dios Existe Verdaderamente”. Ediciones Orbis, Colección Historia del Pensamiento. Barcelona. s.f.

⁴ SAN ANSELMO: *Ibid*, p. 56

II. Argumentos a posteriori.

Como es apenas lógico, si los argumentos a priori no acuden a elementos de la experiencia, se cae de su peso que los argumentos a posteriori, sí lo hacen... ¡y de qué manera!

2. Argumento por las verdades eternas. Autor: Platón, San Agustín, Leibnitz.

Dado que hay verdades eternas, y que el hombre, por definición, siendo contingente, no puede ser el origen de las mismas, existe entonces un Dios como su auténtico garante. Las matemáticas son un ejemplo de verdades eternas, o verdades necesarias, válidas en todo tiempo y en cualquier lugar. La universalidad de las matemáticas se demuestra advirtiendo la presencia de los mismos descubrimientos en diferentes latitudes sin que los autores tuvieran comunicación previa entre sí. Caso concreto: el teorema de Pitágoras. Descubierto tanto en el Grecia, como en la India, como en Egipto, como en China, en épocas diferentes de la historia y con el mismo grado de generalidad y precisión.

El argumento por las verdades eternas depende de que se acepte la analogía entre las verdades necesarias y las verdades matemáticas. Pero hoy, se ha terminado por imponer la tesis según la cual, los enunciados matemáticos son analíticos. Es decir, encierran universalidad y necesidad formal, pero no dicen directamente

nada verdadero acerca del mundo. Son simples formulas vacías de contenido, sin universalidad y necesidad reales. Por lo tanto, la primera premisa del argumento se viene abajo.

En cuanto a que los resultados de la aritmética son los mismos en cualquier lugar tenemos a mano dos ejemplos para relativizar esta confianza. En el Informe de Brodie⁵, Borges nos cuenta que esa cultura solo sabía contar hasta cuatro: “Uno, dos, tres, cuatro, infinito” y en el Lenguaje de las Matemáticas⁶ Keith Devlin director del centro de Altos Estudios de Palo Alto California en la Universidad de Stanford, nos cuenta que Gauss mostró la existencia de aritméticas modulares y en ellas, operaciones tan sencillas como la suma sufren alteraciones radicales. Por ejemplo, en la aritmética de modulo tres, la suma de dos más dos no da cuatro, ni puede darlo, pues el número máximo es tres. Allí, dos más dos es igual a uno. De manera que si no hay verdades universales y necesarias en el sentido esperado por el argumento, no tenemos como conectar a Dios con una inferencia que lo legalice.

3. La causa incausada. Autor: Aristóteles.

Es una prueba clásica que aparece en todos los textos de filosofía de bachillerato y reza así: Si A (cualquier objeto, cuerpo o ser en el mundo aquí y ahora) tiene una causa B; y B, a su turno, tiene una causa C, y esta otra D. Dado que aquí y ahora tenemos a A, concluimos que

⁵ BORGES, Jorge Luis: *Informe de Brodie* en Obras Completas. Editorial Emecc, Buenos Aires, 1972.

⁶ DEVLIN, Keith: *El Lenguaje de las Matemáticas*. Intermedio Editores. Bogotá, 2003. Pág. 45

la serie de las causas tuvo necesariamente un comienzo, pues de lo contrario, la regresión al infinito nunca acabaría y la serie de las causas nunca habría comenzado. Y si no hubiese comenzado, no tendríamos a A actualmente, pero como lo tenemos... concluimos entonces que la serie de las causas tuvo un comienzo. Por lo tanto, hay una causa no causada que es Dios, origen de esto, de aquello y de todo lo existente.

Ilustremos lo dicho con un ejemplo. Yo soy hijo de mi papá, mi padre es hijo de mi abuelo, mi abuelo, de mi bisabuelo y éste del tatarabuelo y la serie se puede prolongar por un buen tiempo. Pero no hasta el infinito pues, si así fuera, nunca hubiese empezado, y siempre estaríamos retrocediendo. Ahora bien, si no empezó nunca, entonces yo no tendría una causa que me causara, pero da la casualidad que estoy aquí para probar que la serie comenzó en algún punto. Ese punto es Dios, la causa incausada.

Este argumento, como es fácil ver, traslada el problema de la inexplicabilidad del mundo a la inexplicabilidad de Dios. Si no podemos imaginarnos el mundo comenzando sin Dios, lo mismo pasará con Dios mismo. ¿Cómo explicarnos que Él empezó sin causa? Para el caso, es mejor suponer que el mundo no la tiene: finalmente el mundo está aquí a la mano. Dios no. Bertrand Russell remata la faena con una analogía refutadora tomada de un cuento oriental: "Es exactamente de la misma natura-

leza que la opinión hindú de que el mundo descansa sobre un elefante, y el elefante sobre una tortuga y cuando le dijeron: '¿Y la tortuga?', el indio dijo: 'Mejor cambiemos de tema'. El argumento de la causa incausada no es mejor que ese"⁷

4. El motor inmóvil. Autor: Aristóteles.

Se trata de una variante de la prueba anterior aplicada al fenómeno del movimiento.

Todo lo que se mueve es movido por alguna otro móvil. Este, a su turno, por otro, y así sucesivamente hasta llegar al primer motor inmóvil que los mueve a todos sin ser movido por ningún otro. Pues, de lo contrario, no sería el primero de la serie y lo sería aquel que lo mueve a él. Ese motor Inmóvil, que mueve sin ser movido, es Dios.

Regresamos así a la prueba anterior, con pelos y señales, y con la misma crítica que no vamos a repetir inoficiosamente. Basta con cambiar la palabra "causa" por la palabra "movimiento" y todo queda igual.

5. El ser necesario y los seres contingentes. Autor: Santo Tomás

Dado que existen seres contingentes, es decir entidades, cuerpos, seres que pueden existir o no existir (ser o no ser, como diría Hamlet) pero que fueron, debe entonces existir un ser necesario que haya determinado que existieran aquellos. Ese ser es Dios.

⁷ RUSSELL, Bertrand: *Por qué no soy Cristiano*. Editorial Sudamericana. Décimo segunda edición. Buenos Aires. 1977. Pág. 20

Esta prueba no funciona en un punto. Pues, si se acepta de entrada que esos seres podían existir o no existir, no podemos achacarles la existencia a Dios, porque no estaba vedado que fueran. Simplemente se dio una de las dos posibilidades posibles. Ya dijimos, eran seres que podían ser o no ser.

Es como si por el hecho de participar en una lotería en la que puedo ganar o no ganar, tuviera que recurrir a Dios para explicar el hecho casual de que gané el sorteo 321 de la Lotería de Boyacá. Insisto, si nos atenemos a las premisas, no se sigue con fuerza de necesidad la existencia de Dios, pues una de las premisas acepta que los seres podían lo uno o lo otro: ser, o , no ser.

Tenemos otra versión del argumento, la que da el padre Frederick Copleston, el gran historiador de la filosofía, y la llama “la prueba metafísica por excelencia”. La versión que traigo la presenté en la polémica sostenida con Bertrand Russell en los micrófonos de la BBC de Londres en otoño de 1948, cuando la curiosidad y la pausa de la vida daban espacio en la radio para la tertulia filosófica: “Primero diría, sabemos que hay, al menos, ciertos seres en el mundo que no contienen en sí mismos la razón de su existencia.”⁸

Este argumento, para no entrar en el largo debate que sostuvo con Russell, es claramente una petición de principio. Si ya sabemos 'eso', lo que el argumento dice que sabemos, no te-

nemos nada que demostrar. Ya sabemos que existe un ser que es la razón necesaria de esos seres que no tienen en sí la razón de su existencia. Precisamente, 'eso' es lo que no sabemos. O mejor, aun, del hecho de no saber algo, no se sigue necesariamente nada. Y si lo supiéramos, sería la aplicación de otra falacia, el sofisma *Ad ignorantiam*, saber por la ignorancia que es casi una paradoja. (De otra parte. Francamente es un desafío a la imaginación especulativa entender la expresión 'razón de su existencia', pues el término razón, como su nombre lo indica, señala enunciados, frases; no cosas, no hechos, no fenómenos.)

6. El Orden del Mundo. El gran arquitecto. Autor (los estoicos, las religiones, los griegos, el sentido común)

El mundo, los cielos y la tierra muestran un orden deslumbrante, perfecto. La vida y los movimientos de los astros se suceden en una maravillosa armonía. Esta pasmosa regularidad es imposible pensarla como producto de la pura y simple casualidad. Si una catedral, que no es ni remotamente comparable con la naturaleza, requiere de un arquitecto, Si cuando encontramos en una excavación milenaria un cachivache tallado en hueso, estamos perfectamente seguros de que se trata de un colega racional, con mucha más razón la naturaleza, con su exuberante variedad e infinitas formas, requiere un creador, un colega racional potenciado, proporcionado a su obra. No se trata de una piedra de sílex tallada, se trata del

⁸ RUSSELL, Bertrand: *Por qué no soy Cristiano*. Editorial Sudamericana. Décimo segunda edición. Buenos Aires. 1977. Pag. 171

cosmos. Ese arquitecto, ese diseñador, ese magnífico hacedor, como lo denominaría Borges, es Dios.

Este argumento supone que es maravilloso que la naturaleza se autoregule, se autogenera en sus múltiples variedades, pero no es asombroso que Dios las genere. Si bien es cierto que a la vista de un cuchillo de sílex pensamos en un indígena cazador, cuando vemos el coral o un volcán o la guerra no pensamos que se trate de una divinidad. Lo que vemos hoy por hoy no es un mundo regulado por un orden maravilloso. Vemos un cosmos en perpetuo cambio y transformación. Giros y más giros caóticos. Si fuera por el "orden" del cosmos, estaríamos tentados a pensar que no hay Dios, se burlaba Voltaire del optimista Leibnitz.

Veamos este argumento bajo otra perspectiva, tanto en el orden de la exposición como en el de la refutación. Seguimos a Anthony Weston en Claves de la Argumentación.

En el capítulo dedicado a la argumentación basada en analogías trae esta demostración de la existencia de Dios, tal como la expone y la refuta David Hume en sus Diálogos sobre Religión Natural:

"Un famoso argumento usa una analogía para tratar de establecer la existencia de un Creador del mundo. Este argumento pretende que podemos inferir del orden y de la belleza del mundo la existencia de un Creador, tal como podemos inferir la existencia de un arquitecto o de un carpintero cuando vemos una casa hermosa y bien construida. Este argumento for-

mulado separadamente en forma de premisa y conclusión reza:

Las casas hermosas y bien construidas deben tener 'creadores': diseñadores y constructores inteligentes.

El mundo es similar a una casa hermosa y bien construida.

Por lo tanto, el mundo también debe tener un 'creador', un diseñador y Constructor inteligente, Dios.

Una vez más, aquí no se necesitan más ejemplos; es la similitud del mundo a un único ejemplo, la casa, lo que el argumento quiere subrayar.

Que el mundo, realmente, sea similar de una manera relevante a una casa no está, en mi opinión, tan claro. Sabemos bastante acerca de las causas de las casas. Pero las casas son partes de la naturaleza. Y, efectivamente, sabemos muy poco acerca de la estructura de la naturaleza en su conjunto, o acerca del tipo de causas que podría tener. David Hume analiza este argumento en Diálogos acerca de la Religión Natural, y pregunta:

¿Es una parte de la naturaleza una regla para el todo?... Piense cuán amplio es el paso que usted ha dado cuando comparó las casas al universo, y de su similitud en algún aspecto infirió una similitud en sus causas... ¿No será que la gran desproporción prohíbe todas las comparaciones e inferencias?

El mundo es diferente de una casa en al

menos lo siguiente: una casa es parte de un conjunto mayor, el mundo; mientras que el mundo mismo (el universo) es el mayor de los conjuntos. Entonces, Hume sugiere que el universo no es similar a una casa de una manera relevante. Las casas, ciertamente, implican 'creadores' más allá de ellas mismas; pero, según lo que sabemos, el universo como un conjunto puede contener sus causas dentro de sí mismo. Esta analogía, entonces, constituye un argumento débil.⁹

7. Dios comunicador. Dios puente. A propósito de la incomunicabilidad de la Res extensa y la Res cogitans cartesianas. Autor: Malebranche

Este argumento, como las buenas demostraciones, depende de algunos postulados iniciales, de algunas verdades que tienen que presentarse por anticipado para que funcione.

En el mundo existen solo dos clase de sustancias: La material y la inmaterial, también llamadas res extensa, medible y pesable, y la res cogitans, el pensamiento imponderable.

Como son dos naturalezas completamente disímiles, estas dos sustancias no tienen entre sí ninguna comunicación, pues la comunicación sólo es posible entre entidades similares

⁹ WESTON, Anthony: *Claves de la Argumentación*. Ariel, Barcelona, 1994. Pags 51-53.

¹⁰ Citado por KOLAKOWSKI, Leszek: *Si Dios no existe...*. Cuarta edición, Editorial Tecnos, Madrid, 2000. Pag. 31.

en algo.

El hombre que tiene un cuerpo material, res extensa tiene al mismo tiempo pensamientos que corresponden a la res pensante. ¿Cómo es posible una convivencia armoniosa entre ellas si por definición no tienen contacto entre sí?

Dados que los átomos (lo material, lo extenso y mensurable) no pueden generar los pensamientos (inmateriales, intangibles, sutiles) debe existir un ser, que lo suscite y los haga surgir de donde por sus propios medios no podrían brotar. Ese ser es Dios.

Y otro aspecto del mismo problema. Dado que alma y cuerpo no pueden influenciarse, tampoco el alma gobierna el cuerpo, no tendría cómo. Entonces, Dios realiza todas las operaciones para guardar las apariencias de concordancia entre los mandatos de mi voluntad y la obediencia de mis miembros físicos.

Así, sólo hay un Dios verdadero y sólo una causa que sea la verdadera causa; y no debe uno imaginarse que algo que precede a un efecto es su causa real. Ni siquiera Dios puede -según la luz de la Razón- dar Su poder a las criaturas, no puede hacerlas causas verdaderas, no puede hacerlas dioses... Cuerpos, espíritus, inteligencias puras, ninguno de ellos puede hacer nada... El mueve nuestra mano incluso cuando la usamos contra sus órdenes: porque El se queja por medio de su profeta (Is: 13:24) de que le hacemos servir nuestros deseos injustos y criminales.

Nicholas Malebranche¹⁰

Sin entrar en el problema del mal que se deriva de un Dios que ejecuta hechos dolosos, vemos repetido aquí el traslado de una dificultad de un terreno a otro. Como en Simón el Bobito, que para deshacerse de los escombros propuso "abrir un grande hoyo y echarlos allí". Así, si Dios es espíritu puro tampoco podría entrar en contacto con la materia, pues, por definición, son de naturaleza diferente y entonces, la incomunicabilidad subsistiría. Pero claro, la creencia afirma, obstinadamente, que El sí puede. Y todo queda arreglado, sin argumentos, claro está.

Por otra parte el argumento supone, sin duda, más de la cuenta. ¿Quién dijo que los pensamientos son tan sutiles, tan etéreos, tan inmateriales? De nuestra ignorancia de cómo sean y de qué estén confeccionados los pensamientos, no se sigue todo lo anterior. Y si algo se sigue al respecto es que somos ignorantes en esa materia.

Si bien es cierto que Diógenes Laercio, en su incomparable *Vidas de Sabios Ilustres*, pone en boca de Pitaco de Mitilene que "lo más veloz que existe es el pensamiento, por que va instantáneamente de un lado a otro del mundo", no lo tomemos tan al pie de la letra, estaba hablando figuradamente. Más valdría entrar en los detalles de la mecánica del cerebro, los computadores y la mente.

Sí, ya sabemos, que los sentimientos, el amor y la culpa son irreductibles. Está bien, convivamos con una franja irreductible, ni a la materia ni al alma. Digamos simplemente: no sabemos cómo se da este engranaje en la cabeza; y ya. No se entiende por qué ese afán de saberlo todo en tiempo presente. Es decir, la

ignorancia no puede ser una prueba de la existencia de Dios.

8. La armonía preestablecida. Autor: Leibnitz.

Esta es una variante interesante de la estrategia anterior, preocupada ya no por la creación de los pensamientos en una sustancia material, sino por explicar la concordancia del conocimiento de una persona cualquiera, con el mundo real que lo rodea. Por ejemplo, en el mundo hay dos bocas una tuya y otra de tu amante, y se entrelazan apasionadamente. A eso lo llamamos un beso, pero como es sabido ese contacto viene acompañado de una sensación intensa en el alma de cada uno de los dueños de las bocas. ¿Cómo es posible esa concordancia entre lo físico y lo espiritual en el momento apropiado, cuando más lo necesitamos? Respuesta de Leibnitz, Dios la realiza.

Dado que la materia y el espíritu no se pueden comunicar por ser de naturalezas esencialmente diferentes (presupuesto básico del argumento anterior) y puesto que el conocimiento, un acto espiritual, se sucede con respecto al mundo y a las cosas materiales, forzosamente tenemos que aceptar que se produce una comunicación entre estas dos sustancias, entre estas dos naturalezas, es decir se da una comunicación imposible, por lo tanto es fuerza concluir la mano de Dios una vez más, para garantizar esa armonía entre la *Res cogitans* y la *Res extensa*.

Leibnitz no conocía ni de lejos, no barruntaba el cinematógrafo moderno, pero lo anunciaba. Su argumento supone que en realidad no exis-

te ninguna comunicación entre la mente y los objetos materiales, pero el intelecto humano no lo advierte. Para producirse esta ficción, esta metafísica-ficción, Dios nos programó desde los comienzos del tiempo con una especie de película en la cabeza que se desenvuelve, se proyecta en nuestro sentido interno, en nuestra pantalla mental, concordante con todos las experiencias que tendremos a lo largo de la vida, de modo que no se presenten errores de comunicación con el mundo externo.

Únicamente faltaría por explicar las locuras, las paranoias y las alucinaciones de los drogadictos, en las que ese contacto se pierde, e incluso podemos darnos cuenta de que se pierde. Es más, parece sabrosa esta pérdida, a juzgar por la forma afanosa como los seres humanos buscan sustancias que provoquen estados alterados de conciencia. ¿Dónde queda Dios en estos casos? ¿Le quedó mal la programación? ¿Es limitado?

9. Prueba de la Idea de Dios en mí.

Autor: Descartes.

Es el caso que yo, un ser finito e imperfecto, tengo dentro de mí la idea de un ser perfecto e infinito, Dios. Es el caso que yo no puedo ser la causa de esa idea dentro de mí, pues solo tengo acceso a pensamientos proporcionales a mi tamaño; y, el mío, por definición, es finito e imperfecto; por lo tanto, sólo Dios ha podido generar en mí su propia idea, ergo, Él existe.

Este argumento se excede. Supone que tenemos en nosotros la idea de un Ser Superior, perfecto e infinito. No cabe imaginar ¿Qué será tener esa idea en la cabeza? Tal vez tengamos las palabras “dios”, “infinito”, “perfecto”, y

tal vez le atribuyamos algún significado más o menos discernible a esos términos, pero en ningún caso tendremos algo similar a lo que supone el argumento, algo que, de entrada, supera nuestras capacidades cognitivas.

La única explicación razonable, es suponer que el autor de la prueba, en su asombrosa capacidad de razonar, era capaz, él sólo, de producir esa idea. Pero ese don iluminador no es necesariamente extensible a todos los mortales. El argumento pasa de las palabras a los hechos, sin una transición adecuada. Supone que por el hecho de tener en la mente esas ideas, tuviésemos, al mismo tiempo, la cosa misma definida por ellas y, en ese caso, Dios habitaría en nosotros, como el Espíritu Santo habitó oportunamente ya sabemos dónde y con quién. En ese caso no habría diferencia alguna con las experiencias místicas, que a un racionalista como Descartes repugna.

10. El orden Moral. Autor: la sospecha.

El Miedo. La ideología dominante.

El único garante para que el orden moral entre los hombres no se venga al piso es Dios, por lo tanto existe, pues de lo contrario, cualquier acción por inmoral, pecaminosa o anti-social que fuera no tendría freno. Como dijo Iván Karamasov: “Sin Dios, todo está permitido”

Y ¿quién ha dicho que no todo está moralmente permitido? Que no lo hagamos, es diferente; pero, que está, está. Bien valdría la pena indagar mejor los motivos y las razones por las

qué nos cohibimos de realizar más barbaridades de las ya conocidas.

Este argumento no apela a la razón, ni a la lógica, o al razonamiento. Busca en las motivaciones de la experiencia, la raíz de nuestro asentimiento.

En la línea de este argumento está la observación del materialismo dialéctico. Ya decía Marx, que la religión es el opio de pueblo, y con su ayuda se les mantiene asustado y temeroso. Esto explicaría mejor la continencia que no la existencia misma de Dios.

III. PRUEBA ENTRE MORAL Y RELIGIOSA. Autor: el hombre.

La llamo así pues parece un híbrido entre las del tipo dos y las del tipo cuatro aun no mencionadas.

11. La conciencia Moral: El cristianismo, por lo menos en la versión del Padre Astete.

En nuestro fuero interno existe la conciencia moral, instancia con la cual distinguimos claramente el bien del mal y nos conduce por los senderos correctos, siempre que la sigamos puntualmente. Nunca desaparece, aunque se acalle un tanto en las personas que sistemáticamente la desatienden. El pecado y los errores morales la insensibilizan, la adormecen temporalmente, mientras retomamos el sendero del bien, como lo prueban los delinquentes regenerados, los Jean Valjen de la no-

vela de Víctor Hugo, de todos los tiempos. Y estando presente en todos los hombres, con alcance superior a nuestra capacidad consciente de previsión, no hay duda de que tiene un origen divino, ergo Dios existe.

Este Pepito Grillo como llama Savater a la conciencia en *Ética para Amador*. Ángel de la Guarda, o mala conciencia que agúa la fiesta, cuando estamos ad portas de pecar sabroso, denominado por Sócrates El Daimon, o Demonio familiar, no es nada distinto al super yo de Freud, la conciencia del deber interiorizado, por medio de la cual los mayores, la costumbre y la autoridad ejercen su poder socializante en los hombres. Está probado de sobra su origen empírico, y varía de una cultura a otra. Los Uwa, nuestros hermanos mayores, tienen por correcto repudiar a los niños gemelos o deformes, por razones de conciencia. Igual los espartanos arrojaban por el monte Taijetos a los niños 'inferiores', sin ningún remordimiento de conciencia. Un poco al contrario los espartanos lo hacían complacidos de limpiar la raza de peligros futuros. De modo que esa conciencia no prueba nada en sí misma. Si acaso, la diversidad de costumbres.

12. Dios como ideal Moral. Autor: Kant.

Kant, uno de los críticos más notables de las pruebas racionales acerca de la existencia de Dios, cae en la tentación de repoblar el universo especulativo, que con tanto juicio había deforestado en su *Crítica de la Razón Pura*¹¹, aportando una prueba moral. Una vez más, el

¹¹ En la *Dialéctica Trascendental* se ocupa en mostrar con todo detalle lo inútil de los esfuerzos racionales por hacerse a una prueba de la existencia de Dios por medios argumentativos.

corazón tiene razones que la razón desconoce.

La línea seguida por su reflexión es básicamente esta: el hombre es un ser racional, y, por tanto, autónomo. No depende de otro o de otros para determinar su conducta. Como tal, en cuanto sujeto moral, es capaz de darse a sí mismo las reglas de conducta a seguir. Ni Dios se las podría dar sin desdibujarle su naturaleza, ni siquiera insinuarlas, pues iría en menoscabo de su capacidad de juicio postulada al comienzo.

Hasta aquí no se ve cómo pueda aparecer Dios.

Sin embargo, la acción humana debe estar orientada en algún sentido. La razón no puede ir a la topa tolontra por el mundo. Ese sentido, esa orientación es el Sumo Bien, *summum bonum*, el Bien Supremo. En latín, y con mayúsculas en español, vemos que ese término esconde lo que Kant quiere revelar, a Dios. Pues la moral no puede estar guiada por intereses particulares, circunstanciales, egoístas. Sino por la virtud misma, por el ideal de lo bueno.

El *summum bonum* para cualquier persona, continúa Kant, son la virtud y la felicidad unidas y “la distribución de la felicidad en proporción con la moralidad constituye el bien supremo en un mundo posible”¹²

Y, con unos pasos intermedios, no justificados del todo, pasa a: Dado que la razón práctica requiere para su coherencia en la acción de la presuposición de un ser garante del sumo bien, la razón teórica debe aceptar que ese ser existe, aunque esa misma razón especulativa

no está en capacidad de determinarlo y decir cognoscitivamente cómo es. Es decir, no sabemos que Dios existe. Sabemos, eso sí, que lo necesitamos si queremos aspirar coherentemente al sumo bien, pues no tendría razón de ser esa aspiración, si no supusiéramos ese garante.

La posición kantiana se debate entre la imposibilidad de dar una prueba racional de la existencia de Dios, y la necesidad de no dejarlo por fuera de su sistema moral, así sea de una forma bastante limitada. En unos lugares de la *Crítica de la Razón Pura* niega que podamos conocerlo y ni siquiera saber si existe o no. Y, en otros lugares de la *Crítica de la Razón Práctica* y de la *Metafísica de la Costumbres* incite en el conocimiento práctico de su existencia.

Ahora bien, sea como fuere el resultado último de su esfuerzo especulativo, el sentido común nos indica, sin mucha mediación conceptual, que ningún ser tiene que existir, por el solo hecho de que un pensamiento nuestro, una aspiración nuestra, lo reclamen. Bien podría suceder, y no existe contradicción lógica en suponer, que nuestras aspiraciones morales orientadas a un bien supremo, a un *summum bonum*, sean una quimera, y, en tal sentido, el garante de esa quimera sea otro sueño más de la razón. Y no tenemos cómo salir de este estrecho marco. Se podría decir de una manera cínica: “Sencillo, no aspire al sumo bien, y se quita el problema”.

¹² MACKIE, J. L. : *El Milagro del Teísmo*. Capítulo I Milagros y Testimonios. Editorial Tecnos, Madrid, 1994. Pags 131-132

IV. ARGUMENTOS RELIGIOSOS

13. La Revelación.

La Biblia es la palabra de Dios, manifestación de sus designios. Los autores de los distintos libros que la componen, apenas son escribanos de este magnífico autor. Dios es grande, no le bastó crearnos, nos aconseja sabiamente y nos regala su palabra.

Como se ve, la prueba depende solidariamente del provincialismo, del aislamiento entre los hombres que les hace pensar como universal, lo que apenas es local y limitado. Análogo a los niños que al oír hablar a otras personas en un idioma diferente al suyo, no se imaginan cómo pueden entenderse, "si no hablan el español". Sin embargo, ahora, con la televisión satelital, se rompen instantáneamente todas las barreras geográficas con solo apretar el botón del control remoto, minimizando la eficacia del argumento. Ya sabemos que entre los musulmanes el libro sagrado es el Corán y la Biblia no les dice nada. Es simple literatura histórica de aventuras de un humilde pueblo de las costas fenicias de otros tiempos, denominados a sí mismos los israelitas. Entre los judíos el Talmud se lee con reverencia y el Corán es una usurpación execrable. Y los budistas no tienen libro revelado, y los griegos clásicos se inspiraron en otras fuentes, el mito y la poesía, entre otras.

Curiosamente, uno de los ejemplos típicos para ilustrar la falacia del Círculo Vicioso, o petición de principio, recurre a la explicación dada por muchos creyentes, quienes para justificar que la Biblia es la palabra de Dios, argumen-

tan que la Biblia misma lo dice y que Dios no puede mentir en su propio libro.

Incluso muchos compatriotas creyentes se sorprenden e incomodan al referirles los resultados de una encuesta mundial efectuada en 1990 y publicada en la revista Semana, en la que se indagaba por el personaje más influyente de la historia.

Todos a quienes se les pregunta, antes de contarles los resultados de la encuesta, responden candorosamente: "Jesucristo" y no aceptan de entrada que haya sido relegado al tercer lugar. La respuesta típica incluye a los ateos, que sistemáticamente en nuestro medio fueron primero asiduos cristianos. Los ateos piensan que Cristo es el más influyente personaje de la historia.

Pues no, toca corregir: el nombre correcto es Newton, base de todo el sistema mundial de enseñanza, tanto científica como escolar. Con un segundo lugar de Mahoma que cuenta con más de mil doscientos millones de asiduos y fieles seguidores que lo reverencian por lo menos cinco veces al día. Y ahí sí, en tercer lugar, pero de lejos, viene Jesús con sus seguidores. De modo que cada día es más difícil contar el cuento de la palabra revelada. O mejor ¿de cuál de todas las palabras reveladas?

14. Los milagros Autor: Desde siempre.

Solo si Dios existe podemos explicarnos que en algunos casos se altere el orden del mundo. A esos cambios inopinados de la marcha de los fenómenos, de las regularidades naturales

los llamamos milagros: El sol se detiene unas horas en un lugar y momento determinados, para que el pueblo elegido gane en Jericó la batalla. Un ciego recobra la visión repentinamente, un paralítico camina después de años de invalidez, etc. La única explicación posible es que Dios lo decidió de esta manera.

Me apunto a la crítica referida por Borges y Bioy Casares en sus *Cuentos Breves y Extraordinarios*¹³ relatada, según ellos, por Bertrand Russell: “Cuando Anatole France estuvo en el santuario milagroso de Lourdes se maravilló, de ver muchas muletas, bastones y hasta sillas de ruedas, pero ninguna prótesis” ¿Hablará ello de alguna limitación intrínseca de Dios? Otro tanto podemos observar en nuestro humilde Monserrate. Detrás del altar mayor de la iglesia del milagroso Señor Caído, están las mismas pruebas milagrosas, y las mismas ausencias.

Adicionalmente, ya algunos magos curiosos vienen poniendo de manifiesto los trucos empleados por los mercachifles en tantas sanaciones milagrosas y rentables, aprovechándose de la credulidad generalizada. La misma Iglesia Católica es la primera escéptica frente a tantas maravillas.

Curiosamente, y empleo esta palabra con total responsabilidad, existe un cuento oriental, El

Negador de Milagros, citado por Giles en *El Confucionismo y sus rivales*, Lectura VIII, 1915, y transcrito por Borges y Bioy en *Antología de la Literatura Fantástica*, a quienes cito, en el que se emplean los milagros para descreer. Juzgue usted mismo.

Chu Fu Tze, negador de milagros, había muerto; lo velaba su yerno. Al amanecer, el ataúd se elevó y quedó suspendido en el aire, a dos cuartas del suelo. El piadoso yerno se horrorizó. “Oh, venerado suegro”, suplicó “no destruyas mi fe de que son imposibles los milagros”. El ataúd entonces, descendió lentamente, y el yerno recuperó la fe¹⁴.

Pareciera existir una limitación epistemológica intrínseca en la aceptación de los milagros como prueba de la existencia de Dios. El punto es estudiado con todo detalle, de nuevo por Hume en los *Diálogos* y rescatado y puesto al día por J. L. Mackie en el *Milagro del Teísmo*¹⁵. La línea fundamental de la limitación aducida es que siempre es posible oponer objeciones a las fuentes que reportan milagros y, como por definición son irrepetibles, nunca estaremos del todo seguro de confiar en los testigos. De nuevo, para que el milagro sirva de prueba, ya debemos tener la fe en Dios, que era lo que descábamos probar.

¹³ BORGES, J. L. y CASARES, B.: *Cuentos Breves y Extraordinarios*. Losada, Buenos Aires, 1973, pags. 61

¹⁴ BORGES, J. L., CASARES, A. B.: *Antología de la Literatura Fantástica*. Editorial Suramericana. Buenos Aires, 1993, pag 202.

¹⁵ MACKIE, J. L.: *El Milagro del Teísmo*. Capítulo I Milagros y Testimonios. Editorial Tecnos, Madrid, 1994. Pags 27-45

15. La Experiencia Mística. Autores de origen multicultural.

La experiencia mística es tal vez la prueba más directa de la existencia de Dios (Y, en general, de cualquier cosa) No existe mediación entre la prueba y la creencia. Coinciden las dos en un punto del espacio-tiempo en la conciencia del místico.

Dios mismo en persona se revela. A mis ojos, a mi mente. Esta mañana, en el desayuno, en un sueño, meditando por un sendero solitario rumba a casa, o cuando miraba el techo de mi cuarto. ¡Ah!, O cuando me caía de un caballo camino de Damasco. Después de esta visión mi vida cambio radicalmente, mis valores ya son otros. Me veo más espiritual, menos libidinoso, entiendo el sentido de mi presencia en el mundo. Sé, con certeza, de los propósitos de Dios. Él ha trazado un camino de salvación para mi vida. Es imposible que algo no divino sea el origen de esta experiencia tan íntima y personal. Dios mismo obró esta transformación.

Como es fácilmente advertible, es un argumento a prueba de refutaciones. No depende de razonamiento alguno. Es empírico en el sentido más radical del término. Aunque pareciera un contrasentido hablar de saber empírico en este caso, advirtamos que una experiencia mística es una experiencia al fin y al cabo.

Aclarémoslo con un ejemplo.

Si yo vi al Santa Fe perder el domingo contra el América en un partido desastroso. Nadie va a convencerme con argumentos de que jugó lindo, como en sus buenas épocas, cuando

Panzzuto comandaba la delantera y en el arco estaba Pablito Centurión. Lo que vi el domingo lo vi, y no se necesitan elementos adicionales para asegurarme de su verdad. Igual, si veo a mi esposa con otro tipo en la cama, nadie podrá decir que yo no tenía razón para matarlos en un estado de ira e intenso dolor. Yo mismo soy el testigo de mis propias experiencias. Salvo tal vez que me ponga a pararle bolas a un filósofo escéptico y me convenza de la inexistencia del mundo exterior o teorías por el estilo.

El talón de Aquiles del argumento, es éste: Está bien, que se tenga la experiencia. Lo que no está claro es que pruebe que existe una realidad objetiva, o con algún tipo de objetividad, fuera de 'esa' experiencia. El místico dice: "Yo sentí a Dios", y esa expresión puede ser parafraseada, aunque al místico no le guste, por enunciados igualmente descriptivos como: "sentí una emoción intensa que me hizo pensar en la presencia de Dios, o en la presencia real de algo parecido a eso que yo me obstino en llamar Dios, por lo mismo intensa que fue la sensación experimentada."

Bueno, en ese caso, cada cual tiene derecho a llamar sus alucinaciones con el nombre que desee. Los chamanes también visitan espíritus en el viaje de Yage. Conversan con ellos y los repliegan para que suelten a sus víctimas cuando insisten en enfermarlas. Nadie duda de la experiencia, pero, como en los casos de juicio, existe duda razonable de que sea un argumento general acerca de la existencia de Dios. En el mejor de los casos siempre es un argumento individual. Y no está mal. Seguro, si a alguno de nosotros nos pasara algo simi-

lar, es muy posible que creyéramos. Pero eso no es punto en discusión en este debate. Examinamos pruebas generales, no particulares.

16. Cuarta Vía. Autor: Santo Tomás

El aquinate es ampliamente ampliamente conocido en el mundo escolar filosófico como el sistematizador de los argumentos acerca de la existencia de Dios. Su trabajo se conoce con el nombre de las cinco vías, porque corresponde al estudio de cinco argumentos clásicos; cuatro de los cuales ya fueron expuestos arriba, por lo que aquí solamente resaltaremos la cuarta, denominada la prueba por la escala de perfección del ser, que, bien pensada, es una variante del argumento: “Dios existe, porque yo estoy asombrado”.

De las cinco vías, para acceder al conocimiento de Dios, parece ser que esta cuarta es la menos fuerte desde el punto de vista lógico, pero es igualmente sólida desde el punto de vista intuitivo del creyente. “La diversidad de grados en el bien, verdad y demás percepciones experimentadas en la naturaleza, también hace levantar la mente a una primera fuente inagotable de toda bondad, verdad y hermosura que se percibe en lo finito.”¹⁶

Se trata, cómo se puede ver, de una variación del argumento de las causas. Así como no podemos imaginar que el mundo es la causa de sí mismo, así tampoco podemos imaginar que lo más excelso del mundo sea causado por lo

menos excelso. Ni que el bien, la verdad y la belleza sean un subproducto de la maldad, la falsedad y la fealdad. Al contrario ellas tienen su fuente en lo más verdadero, bello y bueno de todo que es Dios. De nuevo tenemos aquí una crítica presentada atrás: “Del hecho de no saber de donde viene algo, o alguien, no podemos concluir, con certeza, que sabemos de dónde sí viene” Eso esa es una suposición ilógica. Lo que se sigue de no saber algo, es continuar averiguando hasta que demos con la causa.

Igualmente, desde otra arista, del hecho de que haya verdad, bondad y belleza en el mundo y que esto nos lleve a buscar un Dios que sea la fuente, no se sigue que la hayamos encontrado. Una acción es levantar la mente, otra, ver lo que se busca. Y la una no se sigue necesariamente de la otra.

17. La sorpresa de la repetición. Autor (Gilbert Chesterton)

Este argumento tiene como núcleo central de su razonamiento, la sorpresa suscitada en un observador imparcial, no la espectacularidad de la naturaleza, sino su apabullante monotonía.

Ya comentamos atrás, que un argumento introduce a Dios para explicar los milagros, es decir las violaciones a la regularidad de la naturaleza. En el subterfugio de Chesterton se invoca, por el contrario, la misma regularidad como la mejor prueba de su existencia.

¹⁶ *Enciclopedia Universal Ilustrada*, Europa-América. Tomo XVIII. Editorial Espasa-Calpe. Pag. 1340 s.f.

Veamos el siguiente texto citado por Martín Gardner el Orden y Sorpresa, "... quizá Dios es suficientemente fuerte para regodearse con la monotonía. Es posible que Dios diga cada día al Sol: "hazlo otra vez" y cada noche a la Luna: "hazlo otra vez" y ellos le obedecen."¹⁷

Este otro texto redondea la idea de Chesterton: "Siempre había pensado que los hechos son milagros, en el sentido de que son maravillosos; ahora empecé a considerarlos milagros en el sentido más estricto de que son voluntarios: Quiero decir, que eran o podrían ser ejecutados y repetidos por alguna voluntad" esa voluntad incansable es Dios."¹⁸

A este podríamos llamarlo, un argumento hermeneútico, es decir, un argumento puramente interpretativo, en el sentido en que entiendo la interpretación, a saber, una forma de hablar acerca de algo (en ocasiones usando un lenguaje oscuro, para darle un maquillaje filosófico). En esa perspectiva, no se prueba nada acerca de Dios, sino acerca de la capacidad de los hombres para inventar explicaciones y generar perspectivas. Así pues, lo valioso de esta salida de Chesterton no es que pruebe a Dios, sino que estimule el ingenio de la comprensión. Es claro, Dios no existe por el hecho de que yo, Chesterton o alguien se sorprenda.

18. El consenso.

Todas las culturas y todos los hombres en todas las épocas desde que tenemos conocimiento, han adorado algún ser superior (Dios). Es imposible que todos nos equivoquemos, no hay duda que una creencia tan universal tiene que ser cierta. Y si es cierta la frase "Dios exis-

te", entonces es cierto el hecho de que Dios existe.

No olvidemos que por lo menos entre los budistas no existe la búsqueda de un Dios propiamente dicho, igualmente en las sociedades comunistas la gente fue educada en el ateísmo y en el materialismo, de manera que la generalidad de la experiencia religiosa puede limitarse un poco. Y, conque encontremos una excepción, la premisa de la universalidad queda en cuestión y, por la misma razón, la conclusión buscada.

Me encanta contraponer a esta generalización del comportamiento humano, una indagación aun más universal que la experiencia religiosa: la búsqueda del trago, del licor o, más claramente, de los estimulantes. No existe una cultura, un grupo social en el que las bebidas embriagantes, o, lo que es peor, las sustancias psicoactivas jueguen un papel central en su cultura y en sus ritos. Entonces si Dios existe, y creó la tierra ex profeso para que la habitara su criatura favorita, el hombre, fue igualmente generoso en la provisión de alucinógenos y sustancias embriagantes. Al asombro de Sófocles, en Antígona, sobre el ingenio humano, agreguemos este otro: no hay sustancia vegetal que el hombre no sea capaz de convertirla en alcohol.

Incluso en los países con socialismo real, como

¹⁷ GARDNER, Martín: *Orden y Sorpresa*. Alianza, Madrid, 1987. Pag. 22

¹⁸ GARDNER, Martín: *Orden y Sorpresa*. Alianza, Madrid, 1987. Pag. 20

Rusia o Cuba, la creencia en Dios tuvo un receso político, pero el consumo de Vodka y de ron se incrementaron vigorosamente.

De otra parte aquí, como en un argumento anterior, (el de la revelación por la Biblia que comete la falacia del círculo vicioso) se cae en una falacia claramente tipificada hasta en los manuales más elementales de la lógica, del sofisma *Ad Populum*. Error argumentativo que consiste en aceptar como verdadero un enunciado, por la única razón de que muchos, a la mayoría e incluso la totalidad de los hombres, lo dan por verdadero. Como quien dice: Dios existe, porque mayoría gana. El mismo Borges decía que la democracia es una ficción estadística. Galileo tuvo razón, como la iglesia se ha encargado de reconocerlo, contra todos los hombres ilustrados y no ilustrados de su época, acerca de la naturaleza del sistema solar. Si hubiese sido por el parecer de la mayoría, la ciencia habría sufrido un estancamiento peor del que tuvo. Insistimos, en asuntos de verdad y falsedad, ni mayorías ni minorías, sólo razones.

Gallup, la compañía de encuestas más grande del mundo, tiene unos datos que mostrar acerca de este trascendental tema. "Un sondeo de opinión Gallup, del que se informó en los periódicos el 29 de agosto de 1982, halló que le 44 por 100 del público norteamericano, alrededor de un cuarto del cual está constituido por graduados universitarios, creen que Dios creó al hombre por un acto de voluntad en los últimos diez mil años. El 38 por ciento aceptan

la evolución, inclusive la evolución del hombre, pero piensan que Dios guió el proceso. El 9 por 100 son evolucionistas que creen que Dios no intervino en el proceso y el 9 por 100 no tienen ninguna opinión al respecto".¹⁹

V. PRUEBAS DE TIPO LÓGICO-MATEMÁTICO

A diferencia de la prueba de Platón y Leibnitz, que se apoya en una característica de las matemáticas, a saber, que existen verdades que son las mismas en todos los tiempos, en el caso de lo que llamamos las pruebas matemáticas, nos referimos a estrategias argumentativas, en las cuales la matemática misma es el recurso mediante el cual se ejecuta la demostración, o se invoca para producir la creencia.

19. La prueba cosmológica probabilística. Autor: Fred Hoyle.

Aparece reseñada muy someramente por Martín Gardner en su libro *Orden y Sorpresa* cuando se refiere a la hipótesis del astrónomo inglés Fred Hoyle y de su colega el astrofísico hindú Chanddra Wickramasinghe quienes publicaron en 1982 el libro *Evolución desde el Espacio* en donde sostienen que la vida es de origen extraterrestre y llegó a la Tierra a bordo de un cometa.

Lo curioso de la prueba de la existencia de Dios, asociada con este libro, es que remite a una consideración de orden estadístico. En ella

¹⁹ GARDNER, opus cit. Pag. 241

mensuran las posibilidades de que la vida haya surgido en nuestro planeta por razones de puro azar. Encuentran que la probabilidad es tan baja que definitivamente es más sensato y racional pensar que Dios exista. La probabilidad de la existencia divina, después de contar y recontar átomos y moléculas en el cosmos, es del orden de diez elevado a la potencia cuarenta mil, es decir, de uno seguido de cuarenta mil ceros, lo cual sin duda, es impresionante como prueba a favor de Dios. El argumento de los dos científicos británicos, tal como lo expone el matemático Martín Gardner en el libro mencionado, es este:

“Su argumentación es una forma matemáticamente compleja de la antigua prueba de la existencia de Dios por el designio. Poned todas las partes de un reloj en un barril y podéis sacudir el barril hasta el día del juicio sin producir un reloj. La analogía favorita de Hoyle utiliza el cubo de Rubik. Dad un cubo desordenado a una persona con los ojos vendados, dejad que haga una movida al azar en cada segundo, y necesitará cien veces más tiempo que la edad de la Tierra para ordenar el cubo. La vida depende de largas cadenas de aminoácidos, y cada eslabón es seleccionado entre veinte aminoácidos. Los cálculos demuestran, informó Hoyle, que las probabilidades de formar una cadena típica combinando aminoácidos al azar son casi las mismas que las de ordenar el cubo de Rubik por giros al azar.”²⁰

Pensemos en si jugáramos una lotería de un

millón de números en la que nosotros hemos comprado novecientas noventa y nueve mil novecientas noventa y nueve ¿habrá alguna duda de que la ganaremos? Ninguna.

Pues bien, la certeza de que Dios exista, según el análisis de Hoyle- Wickramasinghe es mucho, pero muchísimo más grande. Se trata de un uno seguido de cuarenta mil ceros contra un uno solito de que no exista.

Este argumento deja de lado que en el universo hay suficiente tiempo, suficiente material, suficientes permutaciones entre ellos, y unas tendencias derivadas de las afinidades químicas que reducen ampliamente el margen de pura aleatoriedad que detestan los dos científicos ingleses. Gardner apoyado en Isaac Asimov emplea otra analogía para replicar:

“En cuanto al viejo argumento de que el ciego azar no puede explicar el origen de la vida, ¿quién imaginó alguna vez, como Isaac Asimov preguntó hace muchos años, que las moléculas se combinan por ciego azar? Volcad mil caramelos sobre una alfombra, y la probabilidad de que adopten bellas formas hexagonales es, en verdad, cercana a cero. Pero cuando cae nieve, se constituyen innumerables cantidades de estas formas.

Cuando eran agitadas por una energía externa, decía Asimov, las moléculas orgánicas en la sopa primigenia de la Tierra podían formar los ladrillos necesarios para la vida mediante la acción de 'ciego

²⁰ GARDNER, Martín: *Orden y Sorpresa*. Alianza, Madrid, 1987. Pag. 230.

azar'. Sería un azar guiado por leyes naturales, leyes sobre las cuales se sabe tan poco todavía que nadie puede siquiera empezar a calcular sus probabilidades. Ni siquiera Hoyle.”²¹

20. La escritura de la naturaleza

Más que una prueba en estricto sentido, es el recurso de Galileo a la matemática y a la naturaleza, para inferir que Dios existe. La estrategia es esta. Dado que el gran “libro del mundo”, ese que tanto gustaba de leer Descartes en su madurez, está escrito en lenguaje matemático (según lo pueden constatar los propios científicos, Galileo en primer lugar) y dado que, si la naturaleza está escrita en lenguaje tan perfecto, entonces no cabe dudar que el escritor conoce a la perfección esa ciencia, de la cual el hombre ha barruntado apenas algunos principios, ergo, el matemático escribano es Dios.

El argumento no es completamente original. Es una variación del anterior, “la perfección de la naturaleza para inferir el arquitecto.” En este caso Galileo, mediante sus análisis matemáticos de los fenómenos, encuentra que es inevitable concluir que, detrás de tal armonía matemática debe encontrarse un geómetra muy hábil. Literalmente, Galileo expresa en su libro *Il Sagitore*, que el mundo está escrito en un lenguaje matemático y su alfabeto son los números, los triángulos, los cuadrados y las demás figuras de la geometría. Por lo tanto el escritor de este libro tiene que ser el matemático por excelencia.

Este argumento se enriquece con una consi-

deración muy hermosa del sabio florentino, indicando que cuando un hombre entiende una proposición matemática a cabalidad, no hay nada que agregar y es como si la hubiera entendido Dios mismo. Esta observación de Galileo es preciso no olvidarla, pues en lo relacionado con las matemáticas el hombre tendría una mente tan afilada como la de Dios, y nuestra diferencia sería solo de cantidad, no de cualidad. Dios sabe más proposiciones matemáticas que nosotros, pero no mejor que nosotros.

Sin embargo, hoy pensamos diferente a Galileo. No es que la naturaleza esté escrita en lenguaje matemático. Simplemente que podemos expresarla, hablar de ella en ese idioma. Del mismo modo a como podemos hablar de un paisaje en idioma inglés o español, sin concluir por ello que el paisaje esté escrito en lenguaje español o inglés. Esta perspectiva hace menos espectacular el lenguaje intrínseco de la naturaleza.

Eso sin mencionar, por supuesto, la teoría convencionalista de la ciencia de Henri Poincare y otros seguidores positivistas, que ven las matemáticas como un artificio humano, no divino, para abreviar las exposiciones de la ciencia. De modo que lo matemático no sería una característica de lo natural, sino de nuestra forma de conocerlo. Dicho en palabras más cristianas. La matemática no es el

²¹ Id. Pags 234-235

lenguaje en el que está escrito el 'Gran Libro de Mundo'. La matemática es el lenguaje que emplean los científicos para hablar del mundo. No cabe duda que podían hacerlo en Español, Inglés o Francés, pero sería más dispendioso y, en cierto, sentido, incompleto. De nuevo, las matemáticas son lenguaje y como todo lenguaje, una creación humana, no una parte intrínseca de la naturaleza.

21. Demostración por recurso a la paradoja. Autor: no está claro, pero en cualquier caso la inspiración si proviene de Charles Sanders Peirce(en sus Collected Papers, Vol. 4, p.54) según Martín Gardner, Peirce demuestra allí, con la ayuda del cálculo proposicional, que lo negro es blanco; y esta demostración se emplea para demostrar cualquier otra proposición. Gardner la utiliza entonces para probar que Dios existe. La misma demostración la trae John Allen Paulus en su obra *Pienso luego, Río*²², con un poco más de detalle.

Este razonamiento busca mostrar que la existencia de Dios se sigue de manera lógica si queremos eludir una paradoja. Recurre al uso de las tarjetas con doble enunciado, como lo hiciera Russell cuando se ocupó de las paradojas. Para familiarizarnos con estas tarjetas recordemos una de las más clásicas. Tengo una tarjeta, de las empleadas para hacer resúmenes de libros. En una cara está escrito: "lo que dice al respaldo es cierto". Volteo la hoja y encuentro: "lo que dice al respaldo es falso". Trate de deshacer este nudo y, cuando termi-

ne, continúe con Paulus.

La estrategia de Paulus es como viene:

Se tienen dos oraciones,

1. "Dios existe."

2. "Estas dos oraciones son falsas."

Ahora se nos invita a considerar al mismo tiempo estas dos frases. Vemos que solo existe una posibilidad de no caer en la paradoja, y es asumiendo la verdad de la primera, y la falsedad de la segunda.

Para una mejor inteligencia de esta "prueba" remitámonos a un libro del lógico Raymond Smullyan, ¿La Dama o el Tigre? En el que se presentan multitud de juegos de ingenio que guardan una gran simetría con el que aquí nos ocupa.

Un rey tortuoso lleva al joven pretendiente de su hija a un dilema que puede resultar fatal: debe elegir entre dos habitaciones, la habitación uno y la habitación dos. En una está la princesa, en la otra hay un tigre. Pero el joven no sabe dónde está quien. El rey le da entonces las siguientes pistas. Le muestra un letrero en cada puerta

I

Al menos en una
de estas habitaciones
hay una dama

²² PAULUS, John Allen: *Pienso, luego, río*. Cátedra, Madrid, 1988. Pag 40.

II

Hay un tigre en la otra
habitación

Y luego le indica que:

- o bien los dos dicen la verdad, o bien los dos
letreros mienten.²³

La pregunta es ¿cuál es la forma más consis-
tente de encontrar a la princesa sin caer en una
contradicción? Y la respuesta se halla asignan-
do valores de verdad a cada uno de los enun-
ciados hasta cumplir los requisitos sin caer en
una paradoja. Así, asignando valores de ver-
dad a los letreros de cada una de las puertas:

Puerta I=v y Puerta II=v

P.I=v y P.II=f Esta posibilidad contradice
la condición dada por el rey

P.I=f y P.II=v Esta posibilidad contradice
la condición dada por el rey

P.I=f y P.II=f Esta posibilidad no puede ser
porque si el letrado de la puerta uno es falso,
(es falso que al menos en una de estas habita-
ciones hay una dama, quiere decir que hay solo
tigres) entonces el letrado de la puerta dos se
vuelve verdadero de inmediato, pues ese le-
trado dice que en la otra habitación hay un ti-
gre. Con lo cual la condición de que ambas
sean o verdaderas o falsas no se cumpliría.
Por lo tanto solo se cumple la condición dada

por el rey si los dos letreros son verdaderos,
con lo que la dama estaría en la puerta dos.

Bien del mismo estilo es el análisis de las dos
frases acerca de la existencia de Dios. Mi-
rémoslas de nuevo.

Dios existe.

Estas dos oraciones son falsas

Frase 1=v y Frase 2=v

F1=v y F2=f

F1=f y F2=v

F1=f y F2=f

Estas dos frases, tomadas en conjunto solo
pueden ser consistentes en el caso dos, cuan-
do F1=verdadera y F2=falsa.

Observemos. Si solo la segunda es verdade-
ra, entonces las dos oraciones serían falsas y
tendríamos que la segunda, si es verdadera,
entonces será falsa, lo cual es contradictorio.
Y si la primera es falsa, entonces la segunda
no puede ser ni verdadera ni falsa, pues si es
verdadera, caemos en la paradoja anterior y si
es falsa entonces, sucede lo contrario del caso
anterior, y tenemos que si es falsa entonces se
vuelve verdadera, pues en ese caso es verdad
que las dos frases son falsas, introduciéndo-
nos de nuevo en las paradojas. Por lo tanto la
única posibilidad lógica es que la primera sea
verdadera y la segunda sea falsa, no hay pa-
radoja, no hay contradicción, ergo, Dios existe.

Este argumento parece ser una aplicación del
método más general de Raymond Smullyan

²³ SMULLYAM, Raymond: *¿La Dama o el Tigre?*. Cátedra, Madrid, 1985. Pag 29

para demostrar cualquier cosa, pues en lugar de colocar en la primera frase "Dios existe" podríamos colocar "El Diablo es más fuerte que Dios" y daría el mismo resultado. Es decir, que esa frase sería verdadera, lo mismo que si colocáramos "Dios no existe", también quedaría demostrado etc. Y todo ha quedado perfectamente claro.

22. El argumentum Ornithologicum. Autor Jorge Luis Borges.

A R G U M E N T U M ORNITHOLOGICUM

Cierro los ojos y veo una bandada de pájaros. La visión dura un segundo o acaso menos; no sé cuantos pájaros vi. ¿Era definido o indefinido su número?

El problema involucra el de la existencia de Dios. Si Dios existe, el número es definido, porque Dios sabe cuántos pájaros vi. Si Dios no existe, el número es indefinido, porque nadie pudo llevar la cuenta. En tal caso vi menos de diez pájaros (digamos) y más de uno, pero no vi nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres o dos pájaros. Vi un número entre diez y uno, que no es nueve, ocho, siete, seis, cinco, etcétera. Ese número entero es inconcebible; ergo, Dios existe.

Publicado en 1950, en *El Hacedor*, busca demostrar que Dios existe por el método de reducción al absurdo²⁴.

23. La Apuesta de Pascal.

El argumento de Pascal no está pensado como una forma para demostrar la existencia de Dios, sino para indicar que es mejor creer, que no creer. Muestra que es más lógico, más sensato, más racional, creer en Dios que desentenderse de Él.

El argumento es la siguiente: desde el punto de vista del ser humano existen dos posibilidades: o creemos en la existencia de Dios o no creemos. Desde el punto de vista de la filosofía existen igualmente dos opciones: o Dios existe o Dios no existe y, de la combinación de estas posibilidades se dan cuatro casos diferentes, a saber: 1. Creo en Dios y Dios existe. En ese caso salgo ganando pues mi creencia está en lo correcto. 2. Creo en Dios y Dios no existe. En ese caso me equivoqué, tuve una creencia errada, pero no pierdo nada. 3. No creo en Dios y Dios no existe. Estoy en la creencia correcta y no pierdo nada y. 4. No creo en Dios y Dios sí existe. En este caso pierdo la salvación.

Así pues, de las cuatro opciones, la única en la cual existe un riesgo es en la cuarta en la de "no creer", por lo tanto es mejor, más racional más sensato creer en Dios y no arriesgarme a perder la vida eterna.

Insisto. Esta prueba, impecable en su análisis, no apunta a la existencia de Dios, sino a la conveniencia de creer. En este sentido, es un punto más para la filosofía pragmática norteamericana.

Imagino que el razonamiento de Pascal es efi-

²⁴ En el Apéndice I se detalla, frase por frase todo el argumento, y se muestra su estructura lógica.

caz para el caso de personas que tienen dificultades con su consciencia, pero no afecta ni a los creyentes firmes, ni a los incrédulos. Pues quien cree en Dios, sentiría poco auténtico su sentimiento religioso o espiritual, si pusiera de por medio razones de conveniencia. Sería pecaminoso sin duda. De otro lado, tratándose de un ateo militante y vigoroso, esta consideración probabilística no tendría por qué alterarlo. Aunque casos se ha visto en esta época materialista, donde los maltratados por la fortuna, los que perdieron sus bienes y riquezas con la crisis económica, descaradamente acuden Dios para que los restituya en sus antiguas posesiones. Y terminan creyendo.

Inspirado en Pascal se me ocurrió este cuento:

La Apuesta Final

No apostaba por plata, lo hacía por el frío y metálico placer de tener siempre la razón. El juego era un reto a su audacia: se sentía inteligente y temerario. El riesgo es la única emoción válida, suspiraba. Exponía su prestigio cubierto por alguna ecuación y, con dinero, sólo bajo el cálculo minucioso de una mayor intensidad. Los filósofos asumen que la razón es esclava de las pasiones; en su caso sucedía al contrario. Los instintos seguían dócilmente al raciocinio y, si la ocasión pintaba propicia, según las probabilidades, se despertaban. De lo contrario, ambición-concupiscencia-venganza, permanecían dormidas y expectantes indicando su presencia con un leve cosquilleo. Con la claridad y distinción de las ideas venció el miedo a los terremotos y el pánico a los aviones; informándose bien y actuando en consecuencia.

Con su hijo practicó el método y funcionó. Cuando el terremoto de enero, le dijo: “colócate bajo el marco de la puerta, los expertos lo indican como el lugar más seguro, imagínate en un columpio cósmico y disfruta los veinte segundos de diversión gratuita.” El razonamiento rápido y la voz calma del padre hipnotizaron al hijo. El sacudón pasó sin sobresaltos. También, mediante el análisis, derrotó el miedo a los aviones. El teorema de Poisson le enseñó que la buena y la mala suerte es un asunto de números. Abordó su primer vuelo a los veintidós años, con algunas fobias y mucho de lógica. Muerto del susto, razonó de esta forma: “La aviación es el medio de transporte más seguro. A diario hay miles de vuelos donde no pasa nada y no tenemos noticia”. No news, good news. “Cada cierto tiempo sabemos de tragedias en algún lugar del mundo que, al sumarse, incendian nuestra temerosa imaginación animal; una posibilidad en millones es el premio mayor de esa nefasta lotería. Y Noventa y nueve de cada cien accidentes, ocurren en los dos minutos del despegue o del decolaje, lo demás es vuelo tranquilo”. De ahí concluyó: “por tanto, me asustaré sólo cuatro minutos durante el vuelo; y, en el intermedio a gozar de la vida” En su caso, solucionar algún rompecabezas matemático. Y así lo hizo. El triunfo sobre los instintos lo redondeó con la ayuda estoica, ese maravilloso sistema experimental de ética. Practicó durante años, como Descartes, el principio: Debemos desear lo inevitable, aunque sean desgracias, anhelando al momento del despegue, una mayor velocidad, incrementada al vértigo. Y en el decolaje, más y más rápida la caída. Desaparecieron los síntomas del terror, incluso la sensación llegó a disfrutarse al extremo de convertirse en

frustración y hastío al no darle 'la talla' el acelerador y el freno de los aviones.

Venía de Cali para Bogotá en un vuelo nocturno. El ding dong del altoparlante anunció la voz del piloto. Ya habían pasado las azafatas con sus instrucciones somnolientas acerca de cinturones de seguridad, bolsas de oxígeno y salidas de emergencia que nadie atiende. Ding dong: "Señores les habla el capitán, viajan a bordo de un Boeing 747; el recorrido total del vuelo es de cuarenta minutos, nos encontramos sobre Ibagué y en instantes, sentirán un giro a la derecha, nos internaremos en la Cordillera Oriental rumbo a Bogotá. Habrá turbulencia leve. Gracias por escoger nuestra aerolínea." La turbulencia fue fuerte y nadie se alarmó. La información, aunque sea falsa, desarma. Un temblor brusco se prolongó más de lo anunciado; para ser exactos iba en aumento. Paradójicamente, pensó, el silencio que se escucha no es ni un síntoma a favor ni en contra de una tragedia. La vibración corrió a lo largo del aparato y del alma de los pasajeros. En segundos todo estaba claro: la confusión era total. Un tripulante balbuceó por el altoparlante: 'ding dong' y no se le entendió la súplica; trataba de irradiar calma con la voz quebrada. Las azafatas, tan compuestas al momento del sándwich, pasaban corriendo con sus tacones planos, de un lado a otro del avión, en un movimiento frenético e inútil. El pico del aparato se inclinaba. 'Ding dong': "perdemos altura, una turbina cesó en su esfuerzo y nos coloca en posición de alerta" dijo, con tres eufemismos, el copiloto.

El razonador, a diferencia de los pilotos, sí estaba preparado para este momento. "No se-

rán más de cinco minutos", calculó el ingeniero de vuelo. "De todos modos siempre es mejor guardar las esperanzas" y su alma se metió en la concha del terror. Cinco minutos eran la eternidad, igual cuatro o seis, razonaba. En el infinito la adición pierde sentido. Infinito más uno, o más dos, o menos mil da igual: infinito. Era la eternidad y era el fin; un instante después no serían siquiera polvo sobre polvo. Como los fumadores, como los motociclistas no sólo sabía de qué moriría, sabía cuándo. Todos se preparaban. El último ritual comenzaba: unos, la cédula en el bolsillo para evitar dolores adicionales a la familia; otros, besos desesperados a los crucifijos, escapularios o imágenes de billetera; los conocidos se abrazaban derrotados; los ancianos, adicionalmente, se acomodaban la corbata, sin advertir la insensatez del ademán. La luz y el aire fluían normalmente. El jugador se atrevió, ahora o nunca, y con voz fuerte y tranquila los retó: "No pierdan el tiempo implorando, no cambiarán el curso del avión, ni reactivarán la 'turbina cesante'. Los que crean en Dios arreglen sus cuentas. Los que no, cambien de bando; no sientan pena, Dios conoce nuestras flaquezas. Los ateos por favor levantar la mano, no estamos para hipocresías". Nadie la levantó. "Ya veo, ando entre gente piadosa; ios entiendo, los perdono y los apuesto. Pascal probó la conveniencia de creer en Dios: si Él existe y no creemos, nos condenamos; mas si no existe y creemos, nada perderemos. Pues no. No creo en demonios. Niego a Dios, y contrario a mi estilo, apuesto a pérdida. Si Dios existe, cóbremenla en el más allá, mi blasfemia me condena; y, si no existe, gano, pero no habrá nadie para saberlo. Mi triunfo coincidirá con la nada. Aunque a pérdida, juego. Mi natura-

leza lo exige. Prefiero perder un hipotético cielo a mi dignidad, efímera y real.” Todos callaron y el avión se estrelló.

El olor de anestesia, mugre y alcohol abrieron una rendija en su conciencia. No se confundió con una estadía en el cielo; sabía leer desde el fondo de su cerebro de evidencias que había sobrevivido al choque y la apuesta quedaba inconclusa. Supuso, premisa no explícita, que al menos dos morirían él incluido, y no se cumplió. En su ánimo verificador se lamentó: “Hasta a los buenos positivistas se nos escapa un dato”. Mientras pensaba, si la creencia en Dios es verificable y su no-existencia apenas es falsable, se impone una conclusión a los empiristas: creer en Dios. Así entre la lógica y la agonía retornó a la fe de sus abuelos. Que ironía, deducía, lo que no logró el cura Garavito en tantos años de catequesis lo viene a establecer un simple silogismo convaleciente. Su conciencia estaba tranquila, guardaba un as bajo la manga. De haber perdido, no se condenaría, pues por andar calculando, midiendo y experimentando, su porcentaje de pecados era muy bajo comparado con el de muchos creyentes piadosos.

Prueba para demostrar que dios no existe:

(Tomado del libro *Qué es el Budismo* de Jorge Luis Borges y Alicia Jurado. Editorial Emece 1991 Buenos Aires Pag. 41)

A semejanza de otros sistemas filosóficos de la India, el Sankhyam es ateo; esto no impide que los brahmanes lo consideren ortodoxo, ya que, entre los hindúes, la ortodoxia no se define por

la creencia en una divinidad personal sino por la veneración de los Vedas: las colecciones de himnos, plegarias, fórmulas mágicas y ritos que forman el más antiguo monumento literario del Indostán. Por lo demás, el ateísmo del Sankhyam no es agresivo; el sistema excluye a un Dios todopoderoso, pero no a las innumerables divinidades de la mitología popular. Garbe cita un texto que dice: “Dios no puede haber hecho el mundo por interés, porque no necesita nada: ni por bondad, porque en el mundo hay sufrimiento. Luego, Dios no existe”

En una nota a pie de página, Borges-Jurado agregan:

Lactancio, según Voltaire, atribuye a Epicuro un argumento parecido: “Si Dios quiere suprimir el mal y no puede hacerlo es impotente; si puede y no quiere es malvado; si ni quiere ni puede, es a la vez impotente y malvado; si quiere y puede ¿cómo explicar la presencia del mal en el mundo?”

Aparte, si nada en la naturaleza se mueve sin la voluntad de dios entonces un asesino actúa con la explícita complacencia divina. Y que Dios me perdone por blasfemo.

Prueba biológica a favor y en contra de la creencia

Prueba biológica a favor y en contra de la creencia

Espero que me crean los que voy a decir. En-

contré en el libro *Irracionalidad*²⁵, de Stuart Shuterland, un pasaje relacionado con la existencia de Dios establecido más allá de cualquier duda razonable. La referencia de Shuterland se apoya en las investigaciones de Mandel, A. J., "The psychobiology of transcendence", en Davidson, J. M. Y davidson, R.J., *The Psychobiology of Consciousness*, New York, Plenum, 1980 y dice así:

No solo somos víctimas de los instintos y los deseos interesados, sino que nos hallamos gobernados también por nuestro estado corporal, especialmente el del cerebro. No voy a hablar de los efectos de las lesiones cerebrales o de las enfermedades mentales graves en la racionalidad, pero quizá merezca la pena poner un extraño ejemplo. Hay una pequeña zona en la mitad del lado derecho del cerebro que provoca un curioso efecto si se desarrolla en ella un foco epiléptico. En dicho foco, hay veces en que las células nerviosas se excitan al mismo tiempo, provocando un ataque epiléptico. Un foco en esta zona puede hacer que una persona se vuelva muy religiosa, evite las relaciones sexuales y abandone cualquier tipo de adicción, como el tabaco o el alcohol. Sorprendentemente, cuando se extirpa el foco, la persona retoma su existencia anterior: se vuelve atea y toma los cigarrillos, la bebida y el sexo. Puede ser que la forma adoptada por el cristianismo se deba en parte a que San Pablo sufriera un ataque epiléptico de este tipo en el camino a Damasco.

Fin de la exposición. Se cumplió, con algunas dificultades, pero lo dicho en el encabezado de este trabajo salió a flote. Veintitrés argumentos, veintidós contraargumentos, una prueba en contra y un hecho científico, bastante particular, acerca de las determinaciones cerebrales para creer y para no creer en Dios. Así se redondeó la faena, juzguen el resultado. Las pruebas, o argumentos, se habrían podido organizar en apartados diferentes. Por ejemplo, ahora veo que faltó un capítulo acerca de las pruebas que tienen como base y origen el asombro. El asombro de algo, pero asombro al fin y al cabo. Eso me asombra.

²⁵ SUTHERLAND, Stuart: *Irracionalidad*. Alianza Editorial. Madrid, 1996. Pags 23-24